

Benedetta Craveri

Los últimos libertinos

Traducción del italiano de
Mercedes Corral

 Siruela

El Ojo del Tiempo

Índice

<i>Prefacio</i>	11
El duque de Lauzun	15
El vizconde Joseph-Alexandre de Ségur	68
El duque de Brissac	95
El conde de Narbonne	109
El caballero de Boufflers	120
El conde Louis-Philippe de Ségur	162
El conde de Vaudreuil	199
1789	229
Pasando página	337
<i>Agradecimientos</i>	347
<i>Notas</i>	349
<i>Índice onomástico</i>	401

Para Bernard Minoret

Prefacio

Este libro cuenta la historia de un grupo de aristócratas cuya juventud coincidió con el último momento de gracia de la monarquía francesa, cuando toda una élite consideró posible conciliar un arte de vida basado en el privilegio y el espíritu de casta con la exigencia de cambio acorde con los nuevos ideales de justicia, tolerancia y ciudadanía propugnados por la filosofía de la Ilustración. «Siempre es hermoso tener veinte años», escribió sobre ellos Sainte-Beuve; pero más hermoso aún era tenerlos precisamente en 1774, cuando la llegada al trono de Luis XVI pareció anunciar el comienzo de una nueva época que permitiría a aquellos «príncipes de la juventud» «ir al paso» de los tiempos, en perfecta armonía con el mundo que los rodeaba. «Nos burlábamos de las antiguas usanzas, del orgullo feudal de nuestros padres y de la solemnidad de su etiqueta, pero sin dejar de disfrutar de todos nuestros privilegios», escribiría muchos años más tarde el conde de Ségur. «Libertad, realeza, aristocracia, democracia, prejuicios, razón, novedades, filosofía, todo esto contribuiría a hacer felices nuestros días, y nunca un despertar tan terrible fue precedido por un sueño tan dulce y por unos sueños tan seductores». Pero ¿realmente la nobleza liberal, que vio en la convocatoria de los Estados Generales la ocasión de poner en marcha las reformas que el país necesitaba y de crear una monarquía constitucional de cuño inglés, no tuvo sentido de la realidad y —jugando imprudentemente con unas teorías filosóficas cuyo alcance no comprendía— se percató demasiado tarde de haber contribuido a su propia ruina? No es esa la impresión que se tiene al pasar revista a las vidas y las posiciones del duque de Lauzun, del conde y del vizconde de Ségur, del duque de Brissac, del conde de Narbonne, del conde de Vaudreuil y del caballero de Boufflers, los siete protagonistas de este libro. Lo que me ha hecho elegirlos precisamente a ellos entre los muchos personajes brillantes y representativos de la época ha sido ciertamente el carácter novelesco de sus aventuras y de sus amores, pero también la conciencia con la que vivieron la crisis de aquella civilización del Antiguo Régimen, de la que ellos mismos eran el emblema, con la mirada puesta en el mundo nuevo que estaban construyendo. Todos ellos pertenecían a la

antigua nobleza de espada y poseían las características de las que esta más se vanagloriaba: el orgullo, el valor, la elegancia de las maneras, la cultura, el ingenio, la virtud de agradar. Conscientes de sus privilegios y decididos a conseguir el aplauso, respondían plenamente a las exigencias de una sociedad profundamente teatral en la que era obligado mantener viva la atención. Fueron también maestros en el arte de la seducción, y sus numerosos éxitos galantes con las señoras de la alta sociedad no les impidieron practicar el libertinaje en su acepción más amplia. Por ello los he definido como «los últimos libertinos», si bien todos conocieron antes o después a la mujer capaz de conquistarlos durante el resto de sus vidas.

Algunos estuvieron unidos por una profunda amistad; otros, por una larga relación mundana. Todos frecuentaron los mismos ambientes, compartieron los mismos intereses y cortejaron a menudo a las mismas mujeres. No solo sus historias presentan muchas analogías y se iluminan mutuamente, sino que recuerdan unas a otras. En no pocas ocasiones lo que influyó en su conducta y en sus decisiones fueron los vínculos familiares, las alianzas matrimoniales, los amores, las relaciones públicas, así como las rivalidades, los rencores y el deseo de revancha. El lector verá desfilar en estas páginas a María Antonieta y a Catalina de Rusia, al duque de Choiseul y a Talleyrand, al barón de Besenval y al clan de los Polignac, al duque de Orleans y a Laclous, a Chamfort y a Mirabeau, a la princesa Izabela Czartoryska y a lady Sarah Lennox, al príncipe de Ligne —que fue incansable cronista de aquella élite cosmopolita—, a Élisabeth Vigée Le Brun —que en sus pinturas captó «la dulzura de vivir» de aquella época— y a otras personalidades esenciales para comprender las decisiones de nuestros siete caballeros. Por otra parte, si sabemos tanto de ellos no es solo porque, por lo general, han sido los primeros en hablar de sí mismos en un gran número de memorias, de cartas y de versos, sino porque también se habla de ellos en los diarios y en las correspondencias de cuantos los conocieron.

Y, sin embargo, aunque tallados por el mismo molde, productos de la misma «civilización perfeccionada» absorta en comentarse a sí misma de manera interminable, los protagonistas de este libro fueron unos individualistas impenitentes. Cada uno de ellos quiso forjarse un destino a imagen y semejanza de la idea que se había hecho de sí mismo. Hijos de la cultura de la Ilustración, dotados de una sorprendente energía, tuvieron una confianza ilimitada en sus propias capacidades, abarcando desde la política a la economía, pasando por la literatura y el arte, sin dejar de ser, ante todo, soldados. Interesados por todo, a gusto dondequiera que se encontraran, Lauzun, Boufflers, el mayor de los

Ségur, Narbonne y Vaudreuil fueron también grandes viajeros, y seguiremos su rastro en África, América, Inglaterra, Italia, Alemania, Polonia y Rusia. Muchos de ellos, sin embargo, se vieron obligados a constatar que el mérito personal era un factor irrelevante a la hora de obtener un puesto de mando desde el que poder servir al rey. Súbditos de una monarquía absoluta, quizá habrían podido agachar la cabeza ante el arbitrio del favor real, pero no estaban dispuestos a aceptar que lo que decidiera su suerte fueran las intrigas de palacio y el poder de los ministros. Lo que les llevó a distanciarse de la política de Versalles no fueron únicamente razones de carácter personal. Su experiencia, forjada en el Ejército, en la Administración y en la diplomacia, y haber podido establecer una comparación con los sistemas de otros países, les convencieron de que la monarquía debía cambiar los métodos de gobierno y dotarse de nuevas instituciones para poder responder a la crisis política, económica y social que sacudía al país. En Londres, por ejemplo, además de participar en la *season* pública y apasionarse por las carreras de caballos, algunos pudieron envidiar la eminente posición que ocupaba en la vida pública una nobleza empresarial dedicada a la política y a los negocios. No menos decisiva fue, para el duque de Lauzun y para el conde de Ségur, su participación en la guerra de la Independencia americana, que les hizo ver cómo un país democrático gobernado por ciudadanos libres no era solo una utopía literaria.

De ese modo, casi todos los protagonistas de este libro saludaron con entusiasmo la convocatoria de los Estados Generales, y solo durante la Revolución tomaron, sucesivamente, caminos diferentes. Entre los que se pusieron del lado de los monárquicos de estricta observancia, hubo quien decidió emigrar de inmediato y quien cayó víctima de la furia popular por haber permanecido hasta el final junto al rey; quien luchó por una monarquía constitucional y se vio obligado a exiliarse con la llegada de la dictadura jacobina; quien sirvió en los Ejércitos revolucionarios para defender a la patria de la invasión extranjera aun sabiendo que acabaría en la guillotina; y quien eligió, en cambio, quedarse en Francia tratando de borrar su rastro y salvó la cabeza solo de milagro.

Los que se salvaron del Terror se vieron obligados a elegir de nuevo: algunos optaron por Napoleón, y solo uno de ellos volvió a Francia con Luis XVIII. Todos ellos llevaban en el corazón el dolor por sus parientes, amigos y conocidos muertos en el patíbulo, la conciencia de no haber cumplido su destino y el sentimiento de culpa por haber sobrevivido a la desaparición de un mundo que habían amado intensamente y cuyo final habían contribuido a acelerar. Sin embargo, cualesquiera que hubieran sido sus convicciones, responsabilidades y debilidades,

habían sabido afrontar el peligro, la pobreza y el exilio, manteniendo la tradición de valor y de estoicismo de su clase. Y, ahora que comenzaban a vivir en una sociedad nueva en la que trataban de encontrar su sitio, consideraron una cuestión de honor testimoniar, con su amabilidad exquisita, la elegancia de sus modos y su imperturbable buen humor, la fidelidad a una civilización aristocrática de la que se sabían los últimos representantes.

El duque de Lauzun

«Vi pasar, uniformado de húsar, a galope tendido en un caballo bereber, a uno de aquellos hombres con los que acababa un mundo: el duque de Lauzun».

CHATEAUBRIAND, *Memorias de ultratumba*

En 1811, haciéndose eco de una preocupación generalizada, Napoleón ordenó a la Policía requisar el manuscrito de las memorias del duque de Lauzun y proceder a su destrucción¹. Testigo inesperado de un pasado en conflicto con las exigencias del presente, los recuerdos del último libertino célebre de la Francia del Antiguo Régimen habían comenzado a circular furtivamente², alarmando a la alta sociedad parisina. Por una feliz coincidencia, la reina Hortensia, deseosa de leer el manuscrito, mandó que le hicieran una copia en secreto³, y, gracias a esta transcripción, diez años después, en plena Restauración, las *Mémoires du duc de Lauzun* fueron finalmente publicadas, provocando un auténtico escándalo.

Pero ¿por qué motivo los recuerdos de juventud de una de las innumerables víctimas de la guillotina suscitaban tal reprobación? ¿Y por qué años antes las *Memorias* del barón de Besenval —que había tenido, en cambio, la suerte de morir en su lecho poco después de la toma de la Bastilla— habían desatado la misma reacción? Estas últimas habían sido publicadas, también de manera póstuma, en 1805, por iniciativa de un gran amigo del duque, el vizconde Joseph-Alexandre de Ségur.

Evocar usos y costumbres de la aristocracia francesa al hilo de la propia experiencia personal no era, sin embargo, una iniciativa nueva. Desde hacía tres siglos muchos habían sido los nobles que habían dejado una huella escrita de sus propias vicisitudes y de sus propias tomas de posición en la vida pública y en los campos de batalla. Además, desde los primeros años del siglo XIX, la exigencia de testimoniar se difundiría entre los que, habiendo sobrevivido a la Revolución, habían conocido la sociedad del Antiguo Régimen y querían fijar el recuerdo. Muchos de estos memorialistas —el príncipe de Ligne, el conde de Ségur, la mar-

quesa de La Tour du Pin, madame de Genlis o Élisabeth Vigée Le Brun, solo por citar algunos nombres— habían sido amigos o conocidos de Besenval y de Lauzun y también ellos describirían, a partir de los mismos personajes y de los mismos escenarios, los rasgos distintivos del estilo de vida aristocrático llegado a su apogeo.

Lo que hacía peligrosamente diferentes —y para los lectores modernos particularmente interesantes— los testimonios de Lauzun y de Besenval era en realidad el momento en que habían sido redactados. Ambos habían puesto por escrito sus propios recuerdos antes del Terror, todavía inconscientes del trágico final que aguardaba a la sociedad cuyos comportamientos totalmente carentes de prejuicios se habían entretenido en describir. Ambos habían formado parte del grupo de favoritos de María Antonieta, y su retrato de la encantadora e imprudente reina y de su entorno se conciliaba mal con la figura de la mártir cristiana difundido después de la Revolución. Además, en la época de la publicación de sus memorias, aún vivía un número no insignificante de señoras cuyos deslices todavía se recordaban y hacía tiempo que habían adoptado el papel de venerables matronas⁴. Por otra parte, tampoco tenían motivo para alegrarse las familias de las señoras ya difuntas, a menudo de forma violenta, al constatar que la conducta de sus nobles antepasadas se ajustaba muy poco a la moral burguesa del nuevo siglo. Fallecidos durante la Revolución, Besenval y Lauzun no habían tenido, en efecto, ocasión de retomar sus escritos ni de limar, a la luz de cuanto había sucedido, la irreverente libertad de sus recuerdos, los cuales corrían el peligro de ser vistos ahora como una denuncia implícita de las responsabilidades morales que habían minado, desde dentro, la sociedad de la corte. Una denuncia particularmente embarazosa, porque ambos habían sido destacados protagonistas de aquella sociedad.

No pudiendo negar que se encontraban ante testimonios difícilmente irrefutables, los *laudatores temporis acti* pensaron que la mejor estrategia defensiva era negar la autenticidad de ambas obras. Es lo que había sostenido madame de Genlis respecto a las memorias de Besenval y, en 1818, cuando copias manuscritas de las de Lauzun habían vuelto a circular, Talleyrand había declarado en el *Moniteur*⁵ que se trataba de una vulgar impostura⁶. Una mentira flagrante, porque Talleyrand había conocido demasiado bien a Lauzun para poder negar la veracidad de las historias sentimentales de su amigo de juventud⁷; pero, habiendo pasado al servicio de la Restauración, el exobispo de Autun se erigía, por evidentes razones de oportunidad política, en paladín de la respetabilidad de los supervivientes de un mundo que él mismo había contribuido a destruir.

Treinta años después, ante la persistencia de las polémicas, Sainte-Beuve aclararía finalmente el significado político de las *Mémoires* de Lauzun, las cuales, afirma, «aunque puedan parecer frívolas a primera vista, tienen una parte seria mucho más perdurable, y la historia las asumirá como pruebas incriminatorias en el gran proceso al siglo XVIII»¹. Este no era ciertamente el espíritu con el que, en el otoño de 1782, Lauzun había empuñado la pluma. La idea de volver sobre sus primeros treinta y cinco años de vida⁸ se le había ocurrido al final de su segunda misión militar en los Estados Unidos, mientras esperaba embarcarse en la nave que lo llevaría de regreso a Francia. Dejados a sus espaldas los éxitos de la aventura americana, dudoso sobre las perspectivas que le esperaban en su patria, inseguro entre dos mundos, el duque se había entretenido en revisar las experiencias y los encuentros que habían sido importantes para él. Y, dado que la destinataria de su relato era su amante de aquel momento, la hermosa e impúdica marquesa de Coigny, era inevitable que el hilo conductor de dicho relato fuera su vida amorosa⁹.

En todo esto no había ninguna originalidad. ¿No había escrito el conde de Bussy-Rabutin hacía ya más de un siglo, en los tiempos muertos de una campaña militar, la *Historia amorosa de los galos* para entretener a una amante lejana? También en este caso se trataba de un pasatiempo privado, destinado a poquísimos amigos, que había caído en manos de un editor sin escrúpulos. Pero, si esa crónica de las costumbres galantes de la corte del Rey Sol era una sátira cuanto menos ultrajante, nada parecido figura en las memorias de Lauzun, en las que incluso las mujeres más fáciles son descritas por lo general con respeto. En tiempos del duque la libertad erótica ya se había convertido, para ambos sexos, en una característica de la usanza nobiliaria. Stendhal comparaba los recuerdos de Lauzun con las mejores novelas libertinas¹⁰, pero hay que reconocer que en el duque el libertinaje había cambiado de signo: a diferencia de los héroes de Crébillon hijo, Lauzun no era un seductor sistemático, movido por una ciega voluntad de dominio, ni en él la búsqueda del placer podía prescindir del aval del sentimiento. Sus memorias se nos muestran más bien como la novela de formación de un individuo que, en lucha con un destino establecido para él por otros desde su nacimiento, aspira a decidir libremente su forma de vida.

El 13 de abril de 1747 todas las hadas parecieron darse cita alrededor de la cuna de Armand-Louis de Gontaut de Biron para colmarlo de dones. Además de un apellido ilustre y de un gran patrimonio, el futuro duque de Lauzun era bien parecido, osado, generoso y brillante. Pero también le había tocado en suerte nacer en una familia, cuando menos, singular.

Su padre, Charles-Antoine-Armand, marqués y después duque de Gontaut, había sido un militar valeroso, hasta que, en 1743, herido gravemente en la batalla de Dettingen, tuvo que dejar el Ejército. Al año siguiente, a pesar del despiadado apodo de Eunuco Blanco que su infortunio le había valido, el marqués llevó al altar a Antoinette-Eustachie Crozat du Châtel, una riquísima heredera de dieciséis años. Es cierto que se decía que había delegado en el amante de su mujer, además de gran amigo suyo, el duque de Choiseul¹¹, la tarea de hacerla madre, pero el fin justificaba los medios, ya que lo más importante para él era asegurar la continuación de su estirpe. El júbilo familiar por el nacimiento del deseado heredero se había visto atenuado por el repentino fallecimiento de la marquesa, a quien una fiebre posparto se la llevó en pocos días. El último pensamiento de la joven no fue para el niño que le había costado la vida, sino para el hombre al que amaba. Choiseul carecía en efecto de los medios necesarios para hacer carrera y, para asegurar su futuro, Antoinette-Eustachie, antes de morir, había arrancado a su hermana de apenas diez años la promesa de casarse con él.

El ingente patrimonio aportado al matrimonio por Louise-Honorine y el apoyo de Gontaut, amigo íntimo de Luis XV y de la marquesa de Pompadour, garantizarían, de hecho, a Choiseul un magnífico porvenir: después de haber sido embajador en Roma y en Viena, gobernaría Francia durante casi veinte años, ejerciendo *de facto* las funciones de primer ministro.

Convertidos en cuñados, Gontaut y Choiseul, muy unidos entre sí, decidieron vivir en la misma casa, el elegante hotel de Châtel, en Rue de Richelieu¹², demostrando por otra parte la misma indiferencia hacia el pequeño Armand-Louis. La única que mostró interés por el huérfano fue su tía, la amable y caritativa madame de Choiseul, a quien le fueron negadas las alegrías de la maternidad. Sin embargo, el sentimiento predominante en la joven duquesa era su pasión no correspondida hacia su marido, que la llevaba a relegar a un segundo plano todos los demás vínculos afectivos y a someterse en todo y para todo a los deseos de su dueño y señor. Y estos no siempre fueron favorables para el joven Armand-Louis.

Choiseul no se limitaba a ser un mujeriego impenitente y a dilapidar, con un ritmo de vida principesco, la fortuna de su mujer —destinada a ser heredada por su sobrino—, sino que además había impuesto a la duquesa la presencia de su hermana favorita, madame de Gramont. Hasta casi los cuarenta años, Béatrice de Choiseul-Stainville había tenido que contentarse con ser canonesa en la abadía de Remiremont, pero, en cuanto lo nombraron ministro, Choiseul había querido tener-

la a su lado. Una vez dentro del círculo más íntimo de la marquesa de Pompadour, madame de Gramont ya no se había preocupado de ocultar el ascendente que ejercía sobre su hermano (con el cual tenía una relación tan simbiótica que los menos benévolos hablaban de incesto). Entre las dos cuñadas se instauró, por tanto, un conflicto abierto, en el cual no fue la mujer quien venció, sino la hermana.

Este es el contexto familiar con el que Armand-Louis tuvo que aprender enseguida a lidiar, aunque su primer hogar fue en realidad la corte. En el periodo en que los Choiseul representaban al rey de Francia en Roma y después en Viena, el duque de Gontaut se lo había llevado de hecho consigo a Versalles, donde residía casi de manera permanente. Y el mismo Lauzun recuerda que sus primeros años de infancia habían transcurrido, «por decirlo así, sobre las rodillas de la amante del rey»¹³, la cual continuó reclamándolo durante mucho tiempo junto a ella, pidiéndole que le leyera en voz alta y que fuera su secretario personal. Tal cercanía con madame de Pompadour, la más seductora de las favoritas reales, no pudo no dejar huella en su imaginario erótico. Del mismo modo, su precoz iniciación en la vida cortesana en unas condiciones de favor tan excepcionales fue determinante para que enraizara en él la convicción de «estar destinado a una suerte inmensa y a ocupar en el reino el puesto más extraordinario»¹⁴ sin tener que esforzarse por merecerlo. De hecho, tras entrar, a los doce años, en el regimiento de las Guardias francesas, el rey le prometió que un día, al igual que su abuelo y su tío, llegaría a ser coronel. Sin embargo, con el paso del tiempo, sus certezas no se cumplieron y se vio obligado a probarse continuamente a sí mismo.

Hijo de su época, pretendía ante todo ser él mismo felizmente, sin tener en cuenta que en la monarquía francesa favor y mérito no iban necesariamente de la mano y que la pertenencia al estamento de los privilegiados imponía unas reglas de las que no era fácil sustraerse. La primera vez que debió de tomar nota de ello fue cuando, a los quince años, creyó que podría casarse con la joven de la que se había enamorado, mademoiselle de Beauvau. Pero el duque de Gontaut, ateniéndose a la lógica según la cual las uniones matrimoniales debían reforzar el prestigio de la estirpe, había hecho ya su elección. Amélie de Boufflers pertenecía, de hecho, a una familia ilustre, tenía una dote colosal y era la obra maestra pedagógica de su abuela, la célebre mariscala de Luxemburgo, la cual, enterrado el recuerdo de una juventud libertina, se había impuesto a la admiración general como árbitro supremo de las *bienséances** aristocráticas. Así, aun siendo «una persona exquisita, de

* Según la autora, el término podría traducirse por «buenos modales», pero esta

ánimo indulgente y comprensivo», como admitía el mismo Lauzun¹⁵, el padre de este no se dejó conmovir por sus súplicas y se limitó a concederle dos años de libertad antes de casarse. De ese modo, cuando el 4 de febrero de 1764, lleno de rencor por la imposición sufrida, Armand-Louis condujo al altar a la no todavía quinceañera Amélie de Boufflers, había convertido en una cuestión de honor no tener expectativas sentimentales con respecto a su mujer. Esto no le impidió mostrarle al principio las atenciones requeridas por las circunstancias, atenciones que, sin embargo, por timidez, por inexperiencia o por orgullo, la joven esposa recibió con tal frialdad que a partir de entonces se limitó a tener con ella una relación de cortés indiferencia¹⁶. La encantadora madame de Lauzun fue, por tanto, la única mujer destinada a no ejercer sobre él el menor atractivo.

En el momento de casarse, Lauzun tenía diecisiete años y su educación sentimental se había llevado a cabo, como era costumbre, gracias a una experta profesional que durante quince días (como ya había hecho con muchos otros jóvenes de la corte) le había dado unas «clases deliciosas»¹⁷. En cuanto al alumno, se había mostrado tan dotado que la maestra no había querido que la pagaran. Una vez adquirido el dominio del comportamiento que debía tenerse en la intimidad de la alcoba, Armand-Louis se apresuró a comprobar su eficacia con las señoras de la alta sociedad. Pero, a pesar de las sucesivas experiencias siempre diferentes con mujeres casadas y jóvenes casaderas, con aristócratas y burguesas de las más variadas nacionalidades, todas igual de dispuestas a poner en peligro su reputación por él, nunca olvidó su primera educación erótica y siguió frecuentando a las *filles* en garitos y burdeles. Una de ellas lo asistiría en los trágicos meses anteriores a su muerte, permaneciendo a su lado casi hasta llegar al pie de la guillotina.

No obstante, fue su primera historia de amor verdadera lo que marcó su entrada en la edad adulta, revelándole a un tiempo la violencia que acechaba detrás de la elegancia de las convenciones sociales, la hipocresía de los comportamientos sociales, la crueldad de la institución matrimonial y sobre todo el lado oscuro de su familia.

En 1761, nombrado ministro de la Guerra y decidido a crearse un clan familiar a la altura de sus ambiciones, el duque de Choiseul había hecho venir a París, además de a la duquesa de Gramont, a su hermano,

expresión no evoca con la misma claridad que el término francés el complejo acto cognoscitivo que conllevaba su aplicación. (*N. de la T.*)

el conde de Stainville, militar sin fortuna al servicio del duque de Lorena, asegurándole un puesto de prestigio en el Ejército francés y arreglando para él una brillante boda. Aparte de ser muy rica, madeimoseille de Clermont-Reynel era excepcionalmente bonita y solo tenía quince años, mientras que el marido que le había tocado en suerte tenía cuarenta y era todo lo contrario a amable. Lauzun la vio por primera vez el día de la boda y enseguida se enamoró apasionadamente de ella¹⁸. Era todavía un muchacho de catorce años y, aunque su adoración ingenua enterneció por un momento a la joven condesa, tuvo que resignarse a ser tratado como un gracioso querubín y a dirigir hacia otro lado su curiosidad por el gentil sexo.

Dentro de la familia, la primera en darse cuenta de que Lauzun se había convertido en un joven bastante atractivo fue madame de Gramont, que no dudó en dárselo a entender. No agraciada y con una voz masculina, la duquesa era audaz, arrogante y sin escrúpulos, pero también enormemente inteligente y, «en una primera impresión, muy agradable»¹⁹. Con juvenil ingratitud, Armand-Louis no había ocultado que la apoyaba en su conflicto con madame de Choiseul, y poder condecorarse con la conquista de la duquesa de Gramont, «que tenía a sus pies a toda la corte»²⁰, equivalía para él a la más brillante de las presentaciones en sociedad.

Las intenciones de madame de Gramont no se le habían escapado a su cuñada, que, superado el susto de verse unida para toda la vida a un marido brutal y desagradable, se había puesto a cubierto adoptando las costumbres en uso en la alta sociedad y echándose un amante a la moda. Pero, como lo que estaba más de moda era tener un amante usurpado abiertamente a alguna señora, la joven condesa miró con ojos nuevos a su pequeño galán de dos años antes y decidió quitárselo a su cuñada. Por otra parte, entre las dos mujeres no había una buena relación: la duquesa, celosa de la belleza y del éxito de madame de Stainville y preocupada de que pudiera adquirir un ascendiente sobre el duque de Choiseul, la mantenía a distancia. Por su lado, la condesa la temía, pero no hasta el punto de renunciar a la tentación de hacerla un desaire.

Viéndose obligado a elegir entre las dos cuñadas, Armand-Louis escuchó la voz de su corazón y «sacrificó a madame de Gramont»²¹. Orgullosa de su victoria, la joven Stainville estuvo dispuesta a corresponder al sentimiento apasionado que le había inspirado. Poco más que adolescentes, bellos, ávidos de vida, intolerantes al yugo que les había sido impuesto, ambos estaban demasiado enamorados el uno del otro para darse cuenta de que su secreto era fácil de descubrir. Este no escapó naturalmente a la perspicaz duquesa de Gramont, la cual se guardó mu-

cho de dejar traslucir su contrariedad, pero a partir de aquel momento trató con frialdad a Lauzun y persiguió a su cuñada con un odio implacable ²². El conde de Stainville, en cambio, no ocultó sus celos y conminó a su mujer a que no volviera a ver a Lauzun en privado, obligando, por tanto, a los dos amantes a recurrir a todos los expedientes canónicos —la complicidad de los sirvientes, un palco secreto en el teatro, rocambolescas visitas nocturnas— entonces en uso en las relaciones clandestinas.

Mientras tanto, también el duque de Choiseul se había encaprichado de madame de Stainville y, conociendo sus aventuras extraconyugales, estaba seguro de que sería atendido. Después de todo, él había sido el artífice de su boda y era el cabeza de familia. Alarmada por las proposiciones del duque y decidida a resistirse a ultranza, la condesa quiso que Lauzun fuera testigo de un rechazo por el que el joven amante no podía dejar de sentirse halagado, como en una pieza teatral. Oculto en un armario de la habitación de madame de Stainville, Armand-Louis asistió al encuentro entre los dos cuñados. Ante el fracaso de sus proposiciones, Choiseul pasó rápidamente a las amenazas, intimándola a dejar de «hacerse la virtuosa» de una vez por todas y advirtiéndola de que no soportaría que se burlara de él durante más tiempo; en caso contrario, ella y su «joven amante» se arrepentirían. «No convirtáis en un enemigo implacable a un hombre que os ama hasta la locura... y que no tiene ninguna dificultad en destruir a un rival tan indigno de él» ²³.

El tono era harto tajante y madame de Stainville estaba demasiado indignada para conservar el control de sí misma requerido por la situación; por otra parte, la prudencia no era su fuerte. De modo que, exaltada ante la idea de hablar sobre todo para que la escuchara su amante, en lugar de negarlo reivindicó el derecho a ser dueña al menos de sus propios sentimientos: nada de cuanto el «poder tiránico» del duque pudiera llevar a cabo para separarlos sería capaz de hacerles «renunciar el uno al otro» ²⁴.

Lauzun refiere la escena sin comentar las emociones que suscitó en él. Ciertamente no debía de ignorar que Choiseul había sido el amante de su madre y tenía buenas razones para suponer que él era el fruto de esa relación. Pero su condición no era insólita en la sociedad aristocrática: al menos dos de los amigos de Armand-Louis, el conde de Narbonne, apodado el Medio-Luis por su impresionante parecido con la efigie de Luis XV grabada en la moneda homónima, y el vizconde Joseph-Alexandre de Ségur, «descaradamente» igual que el barón de Besenval²⁵, no eran hijos de los padres cuyo apellido llevaban. A diferencia de Ségur, sin embargo, Lauzun mantuvo una rigurosa reserva al respecto.